

EL PERICO Y EL GATO

Por **Sidney Allen**

TEODORO vació su alcancía y contó las monedas. Luego sacó otras dos monedas que tenía en el bolsillo. El vecino acababa de pagarle por un mandado que le había hecho. Descubrió que ahora tenía suficiente dinero para comprar lo que durante tanto tiempo había deseado. Recogió el dinero, lo puso en el bolsillo y corrió a la tienda cercana donde vendían animalitos.

Al entrar en la tienda no se detuvo frente al lugar donde se exhibían los perritos, ni los gatitos, ni los peces, ni las tortugas, sino que fue directamente a las jaulas donde estaban las cotorritas o loros. Finalmente escogió un perico que lucía un color verde azulado debajo de las alas y tenía un tinte rojo en el copete.

Colocó su dinero sobre el mostrador y miró sonriendo al dependiente.

-Espero poder enseñar a hablar a mi loro.

-Este loro viene de la isla de Luzón, Filipinas -sonrió a su vez el vendedor-. Lo llaman perico murciélago filipino. Estoy seguro de que te gustará. Como su nombre lo indica, tiene el hábito de dormir colgado cabeza abajo del techo de la jaula. Tiene un grito muy singular, muy suyo.

Y diciendo así, el vendedor colocó el ave en una cajita muy pequeña que tenía unas perforaciones en la tapa y se la pasó a Teodoro.

Teodoro tomó la caja cuidadosamente y salió rumbo a la casa silbando. Esperaba que el perico se sintiera muy feliz en la jaula grande que le había preparado. Al llegar a la casa colocó la cajita dentro de la jaula y levantó la tapa. El perico salió y se subió a la percha que había en la jaula. Y desde allí observó atentamente todo lo que lo rodeaba en el cuarto.

De pronto el perico hizo un ruido extraño y comenzó a volar de una percha a otra. Parecía estar muy excitado. Entonces Teodoro notó que Mao-Tsé-Tung, el gato, estaba acurrucado no lejos de la jaula. Movía la cola con entusiasmo y no apartaba sus ojos verdes del ave.

"¡Mao! No te atrevas a asustar a nuestro nuevo perico. Encárgate de los ratones y deja en paz al loro.

-Es un verdadero perico murciélago filipino -exclamó-. Mañana empezaré a enseñarle a hablar.

Esa noche casi no pudo dormir pensando en que por fin tenía lo que por tanto tiempo había deseado y que ahora era suyo.

Lo primero que hizo Teodoro a la mañana cuando salió de la cama fue correr a la jaula. Le quitó el paño con que la había cubierto y lo dobló. Luego comenzó a hablarle al perico en voz suave. Entonces levantó el gancho que cerraba la puerta de la jaula, y lentamente metió su mano y puso el dedo cerca de la pata del perico.

Este no tardó en pasar a la nueva percha que se le ofrecía. Teodoro estaba tan excitado que apenas podía sacar con cuidado la mano de la jaula para llevarse consigo al loro. '¡Lindo! ¡Lindo!', dijo en voz suave y clara.

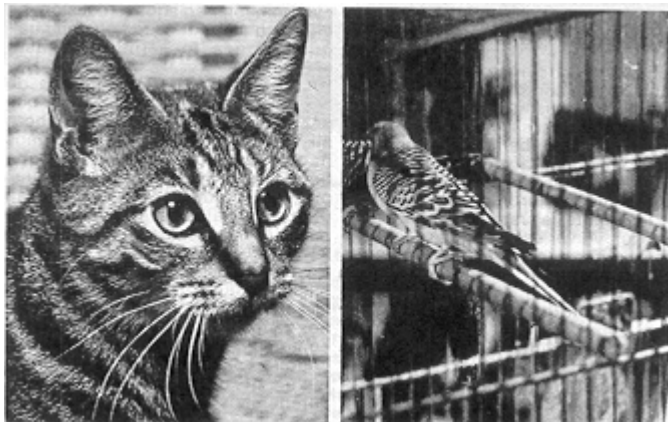
El perico inclinó la cabeza a un lado y luego al otro y se quedó mirando a Teodoro. Este se dio vuelta con el ave todavía parada sobre su dedo en el momento en que la madre entraba en la habitación y Mao, el gato, procuraba meterse también.

-¡Mamá, el gato! -exclamó Teodoro, y la madre, inclinándose, tomó al gato y lo puso suavemente afuera.

-Tienes que tener cuidado de no dejar fuera de la jaula al perico cuando el gato anda por aquí -le advirtió la madre.

-No te aflijas -respondió Teodoro-. Tendré mucho cuidado.

-Y no te olvides de que a un perico hay que alimentarlo diariamente. Y debes mantener limpia la jaula y poner siempre agua fresca en el bebedero -le recordó la mamá.



-Lo recordaré. Le daré de comer, le pondré agua y limpiaré la jaula. Tú no necesitarás hacerlo -prometió Teodoro, paseándose por la habitación con el loro en el dedo.

Durante varios días Teodoro cuidó prolijamente de su perico. Lo mantuvo bien alimentado. La jaula estaba limpia. Y nunca le faltó agua fresca. Pero después de que transcurrieron algunas semanas, el muchacho se volvió descuidado.

Una mañana Teodoro tenía prisa de salir afuera a jugar con sus compañeros.

-Teodoro -lo llamó la madre-, no te olvides de dar de comer a tu perico. Y esa jaula también necesita limpiarse.

-Sí, mamá -estuvo de acuerdo el muchacho-. Volveré en un instante y lo haré.

Pero Teodoro se estaba divirtiendo tanto con sus compañeros ese día, que se olvidó completamente de su perico. Cuando el papá llegó a la noche notó que la jaula estaba sucia y el comedero vacío.

-Hijo, si no cuidas mejor de tu perico, tendrás que dárselo a alguien que lo haga.

-Lo cuidaré mejor -prometió Teodoro-. No quiero perder mi perico.

Y en seguida se puso a limpiar la jaula, a poner agua en el bebedero, y alimento, y así continuó haciéndolo por varios días.

Un día, una familia llegó de visita a la casa. Tiempo atrás habían sido vecinos. Teodoro siempre se alegraba cuando esa familia venía, porque a ella pertenecían dos muchachos más o menos de su edad con los cuales le gustaba jugar.

-Les mostraré mi nuevo perico -anunció muy orgulloso Teodoro.

-Ten cuidado -le recordó la mamá-. Recuerda que a un perico le lleva tiempo darse con extraños, de manera que es mejor que no lo saques de la jaula.

Los muchachos corrieron al cuarto donde estaba la jaula y vieron al ave parada en la percha.

-Es un perico murciélago -les explicó Teodoro a sus amigos-. De noche, para dormir, se cuelga cabeza abajo del techo de la jaula.

-Qué belleza -exclamó uno de los muchachos.

-Me gustaría tenerlo en la mano -sugirió el otro.

-Mejor que no lo hagas -le advirtió Teodoro-. Como dice mamá, a los pericos les cuesta darse con extraños. Haremos así. Yo lo sacaré. Miren.

Teodoro abrió la puertecita e introdujo la mano en la jaula. El perico saltó al dedo que le extendía y emitió un grito muy singular. Teodoro sacó entonces la mano de la jaula con el perico parado sobre el dedo.

Entonces uno de los muchachos trató de acariciarlo. Repentinamente el perico batió sus alas azul verdosas, cruzó la habitación como un relámpago y aterrizó en el suelo.

-¡Oh! -exclamó Teodoro al ver que un borrón blanco y negro saltó de debajo de una silla y se abalanzó sobre el ave-. Ese es Mao. Estaba en el cuarto y... y...

Rápido como un rayo Teodoro se arrodilló y agarró al gato, pero el ave cayó de las garras de Mao, exánime, muerta. Las lágrimas nublaron los ojos de Teodoro. Ahí estaban sus amigos que no podían ayudarlo. Y ahí los encontró la mamá momentos después, cuando apareció con tres vasos de limonada en una bandeja. Rápidamente dejó la bandeja sobre la mesa y se arrodilló junto a Teodoro, quien le pasó el periquito verde.

-Me olvidé de ver si Mao estaba en la habitación... -dijo tratando de ahogar los sollozos.

-Y tú sacaste el perico de la jaula aunque te dije que no lo hicieras -le recordó la mamá-. No hay nada que podamos hacer. Buscaré una cajita y Uds., muchachos, pueden ir a la huerta y cavar una pequeña tumba para el perico.

-¡Oh, mamá! ¿Por qué no obedecí? -dijo muy triste Teodoro, mirando a su madre.

-Ahora es demasiado tarde, hijo; pero estoy segura de que en otra oportunidad lo harás.